

Orlando Fals Borda: peregrinación mítica y sapiente

Gabriel Restrepo¹

¹ Sociólogo, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá. Escritor. Profesor pensionado Universidad Nacional de Colombia, Bogotá. Correo: garestre@gmail.com

Preámbulo

Una centuria de su nacimiento y a dieciocho años de su deceso (1924-2008), la figura de Orlando Fals Borda ha crecido con el curso de los años. Su fama roza el concepto griego de apoteosis, conversión de un mortal en inmortal. Empero, no siempre fue fausta su estima. Por el contrario, en los sesenta, setenta y la mitad de los ochenta, fue tanta y tan variada la persecución hacia él, que bien lució como encarnación del chivo expiatorio, Joselito Carnaval, Rey Momo e, incluso, *Homo Sacer*. De 1985, a su deceso, obtuvo progresivo, creciente y merecido reconocimiento. Señal de su estatura universal fue el evento en torno a la investigación acción participativa, IAP, a veinte años de fundada, celebrado en 1997, en el Centro de Convenciones de Cartagena, con asistencia de investigadores de todos los continentes.

En una primera parte rememoro mi encuentro, desencuentro y reencuentro con el maestro desde 1965 hasta más allá de su muerte, asociados a los avatares de la historia de la sociología en Colombia, en el marco de una sociedad caracterizada por los juegos de suma cero (uno o varios competidores ganan lo que quitan a otros: dinero, poder, prestigio), agravados al trocarse en la tragedia de los comunes, en la cual todos los competidores pierden.

Al rememorar tantísimos actos y escritos dedicados a su vida y obra, en esta ocasión quiero centrarme, en una segunda parte, en una dimensión no muy usual al examinar su periplo en función de mitos, teología, religiosidad, filosofía, tradición literaria romántica y simbolista, bajo los cuales he calibrado la significación universal del pensador, con el cual empero he sostenido algunas diferencias, como es propio de cualquier continuador. Al mismo tiempo, cotejaré su trascendencia con la figura de otro gran maestro, su coetáneo Darío Mesa Chica, porque son dos prototipos que, aunque asimétricos, en sus diferencias enriquecen a quien no los pondere como opuestos.

En la tercera parte, amparado en algunas dimensiones de su biografía, me detendré en exaltar su concepto de *sentipensamiento* y mi empeño en potenciar su poder heurístico al proponer una escala más amplia con lo que he denominado *sentisapiencia*, concepto en el cual vierto el aprendizaje que he decantado en la segunda parte, al tiempo que lo enmarcaré en mi *Teoría dramática y tramática de las sociedades*.

Como mi estilo combina el discurso académico de una sociología abierta al conjunto de las ciencias sociales con mi vocación por la literatura y el ensayo, ruego al editor y a quienes lean este artículo que en el plano narrativo se disculpe, por obvias razones, el imperativo usual de las citas canónicas, aunque daré cuenta somera de autores y lecturas.

En la conclusión destacaré la figura de Orlando Fals Borda como un paradigma universal de la no violencia en clave de una razón, una ética y una estética cordiales y benevolentes.

Primero: encuentros, desencuentros y reencuentros

Como no pocos coetáneos que se decidieron en los sesenta por la sociología, yo deserté en 1963 de proseguir el camino del sacerdocio, luego de cursar estudios secundarios en un seminario menor diocesano de Bogotá. Fui atraído por la figura carismática del sacerdote y sociólogo Camilo Torres Restrepo. Luego, cuando cursaba un semestre de Ingeniería Química en la Universidad Nacional, carrera que culminara en ese año el hermano mayor, decidí que ese no sería mi camino al encontrar en su biblioteca el libro de *La violencia en Colombia* (Guzmán Campos *et al.*, 1964) y un programa de los novísimos estudios de sociología, a seis años de fundada la institución académica.

Me entrevisté en el primer semestre de 1965 con Orlando Fals Borda y María Cristina Salazar, en el despacho de lo que era entonces la Facultad de Sociología, en el segundo piso del edificio que lleva el nombre de la profesión. Entonces no estaban enlazados en matrimonio el sociólogo de raigambre presbiteriana y la socióloga de convicción católica. Ni era todavía evidente el vínculo que uniría los estudios de violencia con los de la familia, iniciados por Virginia Gutiérrez de Pineda, que María Cristina ahondaría con sus indagaciones sobre la infancia. Como sabría muchos años después, ella era tataranieta de Salvador Camacho Roldán, el más esclarecido radical y fundador de la sociología en Colombia por una primera conferencia en el auditorio de derecho de la Universidad Nacional, el 10 de diciembre de 1882¹. La imagen afable de ambos me sorprendía, pues me atraía la convivencia de creencias dispares unidas por el ideal de justicia social en un clima erizado por la animadversión de la Iglesia católica contra lo que no fuera la clausura dogmática. De hecho, mientras estudiaba el quinto año de secundaria en el seminario menor, me atraía el existencialismo de Albert Camus y me impresionaba el sacrificio del monje budista incinerado en protesta por la guerra de Vietnam: una vía espiritual se abría en el mundo más allá de los linderos confesionales.

Entretanto, seguía con fervor los pasos de Camilo Torres Restrepo en su aventura política. Fui voceador voluntario de todos los números del *Frente Unido del Pueblo*, que yo distribuía en la carrera séptima, y retornaba los dineros de la venta a la Imprenta Canal Ramírez, en la carrera 13 con calle 20. Asistí como miembro del Movimiento Estudiantil Social Cristiano (MESC), un efímero apéndice de la exigua Democracia Cristiana, calcada de su par chileno, al Encuentro Campesino, Obrero y Estudiantil celebrado en Medellín a finales de octubre de 1965. Tras el cual el sacerdote desaparecería sin noticia, hasta que se supo en enero de 1966 que había ingresado a la guerrilla del ELN. Y a poco tiempo, el 15 de febrero, se sabría de su muerte casi sacrificial en su primer combate.

Fueron aquellos dos años de mitad de los sesenta momentos de confuso parteaguas. Renuncié al MESC, como se llamaba el parvo apéndice chileno. Asumí mi vocación de escritor e inicié los estudios de sociología pocas semanas luego de saberse la noticia del infausto deceso del “cura guerrillero”, como lo llamaban. Entonces todo fue un estropicio en la Universidad Nacional, con epicentro en sociología. Orlando Fals se retiraba de la sociología justo cuando la Facultad se integraba bastante apocada a la unidad mayor de Ciencias Humanas por la Reforma Patiño (Magnusson, 2006). En Ginebra acusaría la muerte de su entrañable colega con un nuevo libro teórico de tono mesiánico, *La subversión en Colombia* (Fals Borda, 1967), ya distante de sus magníficos estudios clásicos empíricos sobre campesinos pobres andinos (Fals Borda, 1961).

La intonsa guerra de Vietnam se agudizó luego del asesinato de Kennedy, en noviembre de 1963, e irradió como fuego a todos los costados del mundo. Con la Revolución cubana, la guerra fría se asentó en el continente. De hecho, las aperturas de ese tablero de ajedrez se iniciaron en Bogotá cuando la capital sirvió de escenario a la Conferencia Panamericana que daría lugar al nacimiento de la Organización de Estados Americanos, justo en los días infaustos del asesinato de Jorge Eliécer Gaitán. Orlando Fals Borda había retornado entonces al país, aterrado por la erupción de la violencia interpartidista. El plácido y efímero oasis

¹ En el centenario exacto de dicha conferencia, yo instituí en honor a aquel arquetipo la celebración del Día de la Sociología, simbología además reforzada por celebrarse en tal día un aniversario de la expedición de la Carta de Derechos Humanos de las Naciones Unidas.

pacífico de la era republicana pronto fue destronado por la atronadora oratoria antagonista de balcones y púlpitos, a la cual seguirían matanzas sin cuento. Músico por vocación, Orlando compuso entonces una “Canción por Colombia”.

Se iniciaban violencias escabrosas, acaballadas unas sobre otras. La deficiencia de la educación en cobertura y calidad obraba como chamizos prendidos por la furia de opuestas pasiones torvas, ambos bandos destrozados en el campo por la gana de poder absoluto. El promedio de educación de 1952 apenas alcanzaba un grado y dos meses, y no había variado de tal proporción en lo transcurrido del siglo XX, pues la tan mentada transformación del gobierno de López Pumarejo solo tocó la educación universitaria, sin afectar el bajísimo indicador, de los más severos del mundo, según lo expuso en cifras comparativas Juan Luis Londoño en el plan de desarrollo del gobierno de César Gaviria.

La instauración del Frente Nacional, por cierto, sofocó la violencia interpartidista y expandió la educación, empero aún fue insuficiente y deficiente, tal como refrendaría el mismo Londoño en un excelente ensayo publicado en el número 50 de la revista de Fecode. Se iniciaron algunos cambios, no sin tremendos esfuerzos, entre ellos el épico de la sociología. Estudiar la miseria del campo y de la ciudad obró como bautismo de la nueva profesión, acuciosa en la gestación de novedosas políticas públicas en territorio, población, acción comunal, familia, trabajo, reforma agraria y modernización del Estado.

Empero, desde 1964 se enraizó otra modalidad de violencia, la revolucionaria, debida a la clausura del Frente Nacional por sus ritmos alternados de leves reformas y de tozudez conservadora; al modelo económico impuesto por Lauchlin Currie, tan semejante a la modalidad de los *junkers* alemanes²; al surgimiento simultáneo de guerrillas de distinto signo aupadas por la exaltación de las réplicas del foquismo cubano, la inspiración bolchevique, la legendaria marcha de toma del Estado encabezada por Mao, los éxitos del Viet Cong, las revueltas estudiantiles crecientes por la guerra de Vietnam, la intervención de Estados Unidos en los golpes militares de América Latina y las guerras de liberación de la colonias europeas en África, Asia y el Medio Oriente.

Fueron aquellos años en América Latina un escenario crucial del desplazamiento de las palomas por los halcones en el imperio del norte. Las primeras fueron encarnadas en la Alianza para el Progreso, cuyo fundamento teórico, poco estudiado, fue expuesto por Talcott en una conferencia en Jerusalén en 1958, titulada “El problema del cambio institucional controlado”, análoga en su estrategia de reforma gradual y liberal a lo que el teórico había propuesto con mucho éxito como estrategia de inclusión de posguerras de Alemania y de Japón en los años cuarenta (Parsons, 1964). Por el contrario, la visión de los halcones, triunfantes tras el asesinato de Kennedy, fue sostenida por Huntington en un libro paradigmático de aquella soberanía de la fuerza con paranoico encuadre de amigos contra enemigos que expusiera Carl Schmitt en el preámbulo del nazismo (Huntington, 1968 Schmitt, 2009).

El año de 1965 fue el exacto giro radical en la brújula del clima de los tiempos. Desde Chile se denunció el Plan Camelot, con reverberación en toda la región; una indagación de contrainsurgencia propiciada por el ejército de los Estados Unidos, aún a contracorriente del Departamento de Estado (Archivo personal, AP, 1965). Como Talcott Parsons había asistido al VII Congreso Latinoamericano de Sociología, organizado por la Facultad de Sociología, en 1965, se sospechó que el teórico cibernético de los sistemas sociales encarnaba

² Karl Kautky, en *La cuestión agraria* de 1899, y luego de él Lenin, contraponían dos modelos de desarrollo capitalista a partir del campo. El democrático y veloz consistía en una reforma agraria integral, como había ocurrido en Inglaterra y en Estados Unidos luego de la guerra de secesión, como lo haría Corea del Sur hacia 1953. El lento y tortuoso consistía en la transformación de grandes propiedades, serviles, en latifundios agroindustriales. Currie eligió esta senda desde su primera visita a Colombia, en 1950, y la consagró en el programa de gobierno de Misael Pastrana Borrero, *Las cuatro estrategias*, las cuales proponían la rápida emigración de campesinos pobres a las ciudades, enganchados como obreros ligados al motor de la construcción de vivienda urbana y, por ende, dependientes del capital financiero destinado a este supuesto “motor” del desarrollo. Fue el momento del gigantismo de las corporaciones de ahorro estimuladas por el espejismo de los créditos UPACS. Se suponía que la demanda urbana de alimentos incidiría en la transformación del campo, pero aquello solo ocurrió a muy lento ritmo, y, además, con la aparición del narcotráfico, se produciría, después del Acuerdo de Chicoral, tendiente a desistir de cualquier reforma agraria, lo que el Banco Mundial designó como una contrarreforma agraria, basada en expropiaciones y en lavado de dineros de narcos beneficiados por la renta agraria. Aún hoy el índice Gini de concentración de la tierra ronda por un escandaloso 0,8, cuando la media es de 0,5; la baja concentración respondería al cero y la absoluta inequidad al 1,0.

el demonio de la contrainsurgencia³, pese a que su presencia en el congreso fue muy opaca. Por cierto, el director del Plan Camelot se entrevistó en 1965 en su viaje a Chile con Orlando Fals Borda para recabar el apoyo de la sociología, pero una indagación de archivos demuestra que fue reacio a cualquier compromiso (AP, 1965; 1966).

No obstante, el movimiento estudiantil, entonces empujado por la Juventud Comunista, denunció la financiación de las fundaciones Ford y Rockefeller como injerencia del imperialismo norteamericano. La juventud comunista, a la que pertencí por tres años como estudiante, se veía atraída por los camaradas franceses, abiertos a la filosofía, a las ciencias sociales y a las artes y letras. No obstante, dado su compromiso con las recién constituidas Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC), pronto iría degradando por la sumisión del partido a una guerrilla que en los setenta y ochenta se pervertiría por el narcotráfico, como ocurriría con toda la sociedad colombiana⁴. En cuanto al legado de Camilo Torres Restrepo, desde un comienzo, reitero que me distanciaba de modo contundente de su opción por la lucha armada: incluso así lo manifesté en Arauquita hacia 2021 ante una audiencia de profesores militantes del Ejército de Liberación Nacional.

Adherido a la célula Bertolt Brecht de Ciencias Humanas, mediante el periódico *Rojo*, impreso en mimeógrafo y muy divulgado en sus tres años de existencia, del 1967 a 1969 (AP), incurrí en el más estúpido error de mi vida: como la mayoría de los estudiantes de ciencias humanas, contribuí a la sindicación de Orlando Fals Borda como agente del imperialismo. Incluso llegamos al colmo de celebrar su muerte simbólica al encerrar su efigie en un ataúd y a consumir su expulsión de la institución que fundara y exaltara con inigualable potencia de pensamiento y gestión.

Por supuesto, la reforma del Departamento de Sociología de 1969 contenía brotes majestuosos en medio de mucha cizaña. Se inspiraba en las orientaciones del maestro Darío Mesa Chica (1921-2016), expuestas como nuevo evangelio: la sociología habría de ser científica, nacional y política. Científica por apropiarse los clásicos del pensamiento sociológico del hemisferio norte, mediante el estudio directo de sus obras, abierta al conjunto de las ciencias sociales, bien compaginada con sus fuentes filosóficas y esmerada en la exploración histórica. Por lo nacional se apuntaba a la confrontación de tales paradigmas con una indagación de los problemas nacionales. Por lo político se propendía por un aporte a la transformación del Estado nacional. Con un resabio estalinista, el maestro proponía conformar “cuadros” para tal tarea, en lo principal abocados a que Colombia respondiera al reto de situarse en la frontera de las revoluciones científicas, tecnológicas y técnicas del mundo moderno y contemporáneo.

Al ingresar como instructor asistente al Departamento de Sociología, en 1970, comencé a purgar mis errores juveniles, sin correr el riesgo de avejentarme. Escéptico metódico y pertinaz, sí; cínico nunca, excepto al modo del anarquismo performativo de Diógenes, constante en mi amor por los pobres. Experimenté una conmoción ética cuando, sumergido en los archivos de la institución en busca de pruebas de la maledicencia del fundador, encontré por el contrario una enorme riqueza de pensamiento y de acción. Me pareció que en el nuevo Departamento de Sociología incurriamos en el vicio del adanismo, tan colateral al apocalipsis, que todo comenzaba sin antecedentes, que la ciencia redimiría, atributos tan próximos a la debacle porque sin advertencia nos sumábamos a los juegos de suma cero: Mesa contra Fals Borda, Estado contra Nación, reforma contra revolución, polaridades tajantes que, lejos de finiquitar, se han expandido. Comprendía que desde la paranoica oposición de Bolívar y Santander reincidíamos en lo que llamaban en los sesenta “los viejos y queridos odios”. No quedaba más remedio que declararme independiente hasta de los independientes, y además saberme en lo exterior ayuno de cualquier predicamento revolucionario al comprobar, con el auge del narcotráfico y del paramilitarismo, que entonces se incubaba el huevo de la serpiente que desembocaría en masacres y violencias por doquiera, propias de esa tragedia de los comunes que ha assolado a Colombia en tres cuartos de siglo. Y que aún pende como espada de Damocles sobre cada cual.

³ Parsons de hecho fue objeto de indagaciones al suponerlo el macartismo como agente socialista, tal como ocurrió con Oppenheimer y con tantos otros.

⁴ En mi diario de noviembre 18 de 1976 yo afirmaba que, ante el clientelismo, la mafia y el fascismo dominantes, me impondría la misión de pensar qué debiera proponerse para salir del laberinto en el horizonte de cincuenta años, que se cumplirán en noviembre del año 2026 (diario personal, DP).

De contera, el *daimon* que me ha guiado tanto como el *angeloi*⁵, me esperancó por situarme con el pie derecho en la apropiación teórica del demiurgo de Talcott Parsons, y con el izquierdo en los abismos del campo de Colombia, porque como profesor de sociología rural debía estudiar a fondo el problema agrario en un compromiso no solo intelectual, sino además vital. Sin importar que esta contorsión fuera propicia a cierta esquizofrenia por aliar, por un costado, la vocación universal predicada por Darío Mesa, moderados los extremos porque el teórico estadounidense fuera tan lejano de Hegel y de Marx, y, por otro, la senda de atriciones debidas a la peregrinación por donde más duele Colombia, el campo y la periferia pobre de la ciudad, lo cual me incitaría a revivir el legado sociológico de Camilo Torres Restrepo y a seguir las huellas de Orlando Fals Borda. Como ha sido propio de mi talante, la disyunción se disolvió en conjunción gracias a lo que he llamado una dialéctica paradójica que mantiene la oscilación entre opuestos, sin apresurarse a resolverla en líneas rectas.

Pero lo más dramático de aquella meditación de los setenta fue comprobar que Orlando Fals Borda había servido como una suerte de comodín para encarnar los papeles de Joselito Carnaval y del Rey Momo – aquellos que son sacrificados cuando cesa el carnaval, aunque renacen para presidirlo al año siguiente–, más la estampa del chivo expiatorio, según las indagaciones de René Girard (1975), y aún del *Homo Sacer*, figura tan estudiada por Giorgio Agamben, de la cual se sirvió para exponer la radical paradoja del Soberano como aquel que encarna el poder de dar muerte y que, pese a sucederse la soberanía antigua por la biopolítica como administración de la vida (Agamben, 1988), con todos los pretextos de los derechos humanos, no obstante, en los estados de excepción –tan recurrentes en todas partes– valida la sentencia atroz de Carl Schmitt de instituir las suspensiones de la jurisprudencia como la razón suprema de la soberanía al sofocar con tremendo sacrificio la nuda vida. Con lo cual el Soberano devela que su razón de ser es el uso de la violencia, pese a todo eufemismo.

En países como el nuestro, donde las soberanías se dispersan por los territorios debido a fieros controles armados, y en los cuales cada institución y cada individuo se fingen soberanos, dado el individualismo propio de sociedades patriarcales, sumado a la fragmentación territorial y política, agravada por el predominio de una solidaridad mecánica propia de hordas fundamentalistas, la proliferación de chivos expiatorios ha sido demencial.

Con horror y estremecimiento, se comprobó en el periplo de Orlando Fals Borda en un cuarto de siglo: la Iglesia católica lo condenó por protestante hacia 1962, al tiempo que obligaba a Camilo Torres a renunciar a la capellanía y a la condición de profesor de sociología; a Orlando los estudiantes lo expulsamos en 1965 del claustro sociológico por suponerlo como agente del imperialismo; la iglesia presbiteriana le aplicó el anatema por estimarlo comunista en 1970; de la primera revista *Alternativa* lo repudiaron por sospecharlo aún como agente del imperio (AP, 1970s); a poco andar, en 1979, fue sindicado por el gobierno de ser comunista, apresado por unos días por su supuesta complicidad con María Cristina Salazar, entonces su esposa, llevada a la cárcel durante meses por figurar su nombre en el arriendo de la casa donde el M-19 construyó el túnel para el robo de armas del cantón norte. Cuando inició su travesía por el Caribe, cerca de 1982, que lo llevaría a escribir los cuatro tomos de *Historia doble de la Costa* (Fals Borda, 1985, 1979-1986), debió acudir a un brujo de un municipio cercano a Mompo para ser rezado, pues en la guerrilla del M-L el comandante había ordenado su asesinato, según narró en entrevista su amigo sentimental Víctor Jiménez (Jiménez, 2022). A propósito de esta amistad, Orlando debió ocultar al público con mucho celo, no así a su esposa, esta relación afectiva, porque, de haberse sabido, también hubiera sido causa de infamia o de asesinato, sin comprenderse, como haré, que su pansexualidad fue en su vida también un camino de exploración de la alteridad.

⁵ En mi teoría, el *daimon* proviene del inconsciente personal derivado del *conatus* como la tendencia de cada ente a seguir siendo lo que es. El *angeloi*, por el contrario, viene desde lo que cada cual *podría* llegar a ser en su plenitud, por tanto, como aviso del *senex* que cada cual lleva en potencia. La distinción se encamina a enriquecer el concepto de Spinoza que no incluyó esta dimensión de lo que llamo *angeloi* por rehuir la distinción aristotélica de potencia y acto. No hay en esta distinción nada religioso, ni tampoco metafísico, aunque no se desdeñen las posibilidades de explorar nexos con estas dimensiones, siempre que se examinen con método y cuidado y, además, que se hallen precedidas de la indagación de los modos como los inconscientes personales se articulan con los colectivos. Lo cual exige demasiada indagación, casi insoportable.

¿Cómo pudo Orlando subsistir a tantas opresiones sin fracturarse? Pues emergía de ellas más vivo que nunca, como si fuera un miembro secreto de la imaginaria *Secta del Fénix* fabulada por Borges (1974). Su ascesis protestante solo explica una parte, pero la mayor proporción se debe a su bonhomía plena de afectividad, en mi juicio muy inspirada en la paciencia y amor de Cristo y de los profetas que tanto recitaba, lo mismo que en el talante facundo de los carnavales del Caribe, distintiva de la milenaria sapiencia popular. Orlando no conoció enemigos, aunque sí adversarios. La distinción lo elevó, como concluiré, a la cima de los paradigmas universales de la no violencia en clave de disidencia, y, como escribí, aún de *disidanza*, neologismo creado por mí para aludir a una disidencia ética y estética.

Relatar mis empeños por redimir mi culpa y esforzarme en lograr un reconocimiento público del maestro rebasaría el límite de este ensayo. Basten unas pinceladas. El reencuentro ocurrió en la tarea titánica de reconstituir la Colombiana de Sociología, fundada por Orlando Fals y Camilo Torres Restrepo, el 11 de abril de 1962, y disuelta por los efectos letales de la muerte de Camilo Torres y el exilio de Orlando Fals, en 1965; aguzada por la brecha generacional que dividía a los sociólogos entre “falsistas” y “mesistas”, más fisuras entre universidades públicas y privadas, centrales y regionales, confesionales y laicas, partidarios de facciones alinderadas con China o Rusia: en suma, un pandemio de pequeñas rivalidades. Desde 1975 nos propusimos con Gonzalo Cataño y otras figuras dar vigor a la Asociación, la cual tuvo en la década de los ochenta su esplendor, iniciado con el III Congreso de Sociología celebrado en Bogotá en 1980.

Entre titubeos y rubores, le pedí entonces perdón a Orlando al ofrecerle un par de ensayos que relataban su gesta descomunal en la creación de la sociología y en su compromiso por la redención de la pobreza (Restrepo, 2002). Con su rostro marcado en su mejilla derecha con un candor de beatitud, en tanto su flanco izquierdo develaba una solitaria y profunda tristeza, esquivó reproches, extendió un abrazo y apenas me corrigió un punto del ensayo: no habían sido los militares, arguyó, quienes se opusieron al viaje de una comisión a Marquetalia que hubiera impedido la desastrosa invasión que encresparía la marcha hacia una cruenta confrontación; tragedia que se repetiría en la toma de Casa Verde en diciembre de 1990. Fue la Iglesia católica la que prohibió el desplazamiento a Marquetalia de monseñor Guzmán y de Camilo Torres, dos de los tres integrantes propuestos por la Facultad de Sociología.

Siguieron muchísimos encuentros, tres de ellos en Barranquilla, uno célebre por festejar la *Historia doble de la Costa* (Cataño, 1987), dos de ellos en el contexto de los carnavales. Al iniciar yo el proyecto de investigación, extensión y docencia, *ParticipArte*, en 1999, merecedor de muchas distinciones, en un salón comunal de Tunjuelito, localidad constituida en el proyecto como aula y laboratorio de un curso teórico y práctico en el cual se formaron al menos doscientos estudiantes, invité a Orlando para que iniciara esa aventura de una sociología ambulante, territorial, nómada, establecida para honrar la memoria de Camilo Torres y de Orlando en la fundación de la sociología. Escribí un largo proyecto, no publicado, en el cual sustentaba una expansión de la investigación acción participativa con otro atributo: estética, así IAPE, para exaltar uno de los énfasis del propio Orlando, muy afín a mi talante, el papel de las artes y las letras, junto al carnaval como encarnación milenaria y viva de la cultura popular (Restrepo, 1999, inédito). Las sempiternas querellas internas y externas me forzaron a despedirme de la Universidad, de la cual salí pensionado en 2002, y el proyecto naufragó pronto.

Dos grandes hitos servirían para alcanzar la cumbre del reconocimiento de Orlando. En el 2005 fui designado junto a Alfredo Molano y Edgar Rey Sining como jurado para evaluar la posibilidad de conceder a Orlando el doctorado honoris causa por la Universidad de Antioquia, mismo que le fue concedido y en el cual, junto a su gran amigo de correrías políticas, el jurista Carlos Gaviria Díaz, autor de la cláusula del libre desarrollo de la personalidad, pronunció un magnífico discurso: *Entre los paisas* (Fals Borda, 2005).

La segunda fue la propuesta de concederle el doctorado honoris causa por la Universidad Nacional de Colombia, en el IX Congreso Nacional de Sociología que coordiné en diciembre de 2006, doctorado también otorgado por mi iniciativa a Alan Touraine y, como hubiera querido, a Jeffrey Alexander, para simbolizar la equidistancia de nuestros paradigmas con los de la sociología de Europa y de los Estados Unidos, solo que aquí se interpuso, como sospecho, el resabio “antiyanqui” para impedir la plena triangulación.

Como había fallecido en aquel año María Cristina Salazar, con su esposo acordamos erigir un mausoleo junto a la capilla de la Universidad Nacional para depositar sus cenizas, con el designio de albergar allí las suyas, como se haría. Elegimos el lugar con atención a muchos símbolos: a cinco metros del campanario donado por el Banco de la República para honrar a los estudiantes caídos en la lucha contra la dictadura de Rojas Pinilla; vecino a la capilla que fuera encomendada por algún tiempo a Camilo Torres, con el designio de que en un futuro se construyera al costado izquierdo paralelo un monumento a Camilo Torres Restrepo cuando se sellara la paz con el Ejército Nacional de Liberación. Asesoró el designio el artista Gustavo Zalamea Traba. La oposición de la Iglesia y de la división de patrimonio de la Universidad fue inmensa, pero contamos con la benevolencia del vicerrector, el arquitecto Fernando Montenegro. Algún día anterior a la defunción de Orlando pasé por el monumento y observé que en la parte trasera se había incrustado un mosaico con la imagen de un niño elevando una cometa al cielo. Supe luego que Orlando había encomendado a un artesano tal obra para simbolizar su aspiración de unirse a su consorte en el firmamento.

Recibí de Orlando dos homenajes, uno explícito, designarme como merecedor de seguir sus huellas (Fals Borda, en Moncayo, 2015 y Herrera Farfán y López Guzmán, 2012). El segundo, implícito por decirlo al común amigo Gonzalo Cataño, quien me lo relató: “Restrepo es un poco díscolo”, dictamen que profería por mi reticencia a unirme a la Alternativa Democrática, reserva que desde 1970 he sostenido frente a cualquier poder de cualquier signo, que no sea el poder del pensamiento sabio, siempre humilde. Pero por provenir del mayor díscolo de Colombia, la tacha ha sido como un grado doctoral para quien no es, como soy yo, nada más que un licenciado en sociología⁶. Es un premio que llevo en el alma junto a otra frase proferida a otro amigo por el maestro Darío Mesa Chica: “es que Gabriel se caracteriza por una humildad arrogante”. ¡A mucho honor!

Segundo: el legado de Fals Borda reinterpretado

Lo más lejano y lo más cercano en la evolución de la cultura de la especie son los mitos. Como se dice en francés de los fantasmas, *revenants*, son los que vuelven y vuelven una y otra vez. La ideología, siendo más moderna, es más perecedera, aunque sea pretenciosa, hoy no poco desusada por la proliferación de imaginarios⁷. Los mitos se remozan y se entrelazan. Si bien los mitos más conocidos provienen del arcón griego, Hermes, por ejemplo, nacen en cualquier cultura. No pocos son traducibles, como Elegguá respecto a Hermes, ambos corredores de caminos, y juntos tan semejantes a la figura aimara de Tunupa, la contrapartida terrestre de Viracocha: señor de los caminos, quien portaba una cruz no cristiana como símbolo para entrelazar los cuatro costados del Tahuantinsuyo. Don Simón Rodríguez era a la vez Hermes, Elegguá, Tunupa y, como decía Bolívar, un Sócrates americano, sapiencia ambulante. Bolívar por supuesto encarnaba la altura de Viracocha.

Fals Borda quería ser Bolívar y Simón Rodríguez, Viracocha y Tunupa, Apolo y Dionisos mediado por Hermes, Changó y Santa Bárbara, Elegguá. Pero como narró José María Arguedas, es casi imposible unir al zorro de arriba y al zorro de abajo, la costa y la sierra, el estado y la nación (Arguedas, 2007), el saber del poder con el poder del saber. Tal fue la grandeza de Orlando, como toda no exenta de límites.

Fue titánica su lucha por ser el *daimon* del Estado nacional. *Daimon* en el sentido dado por Diotima en el *Banquete* de Platón: aquel mediador que llena el vacío y vincula lo alto con lo bajo (Platón, 1969). Y como todo mediador, es sospechoso y propenso al sacrificio. Por el exceso era repudiado, como entre los griegos el genio destinado al ostracismo, al igual que se excluía con violencia física o simbólica a quien se

⁶ Tras ganar en concurso una beca para estudiar el doctorado con Habermas en 1972, concedida por el Instituto Goethe de Colombia, fue rechazada en Bonn por el terrorismo universitario germano de entonces y porque yo fui sospechoso de ser espía de Alemania oriental por haber estudiado un semestre con un profesor de Leipzig en la Universidad INCCA. Ironía de la vida, porque al visitar a un profesor de psicología en la Universidad Karl Marx de Berlín oriental se me negó la entrada por sospechar que yo era espía de Alemania occidental. ¡Tremenda lección de mundo, inolvidable! Luego, en los noventa y en la primera década de este siglo, quise cursar el doctorado en Chile, e incluso pagué mucho dinero por ello, pero desavenencias con el tutor me obligaron a desistir. Así que me sequegué con el diploma de maestro que me concedieron 120 estudiantes de sociología en 1982.

⁷ La ideología es serial, escrita y supuestamente lógica; los imaginarios son oníricos, audiovisuales, y su forma es aleatoria. Hoy priman estos, más arduos de interpretar como los sueños.

apartara del *aurea mediocritas* en una sociedad como la nuestra que ha sido laboratorio mundial de la biopolítica desde la Conquista, la reducción a poblados, el modelo higiénico y epidemiológico, la tecnocracia de ingeniería y economía y el control cibernético a distancia que sofocan y cooptan a quien sea disidente radical. Encarnación del tabú, reviviscencia del chivo expiatorio, actualidad del *Homo Sacer*, incluido excluido, suma paradójica de ser exiliado en su propia patria.

El amor, argumentaba Diotima, la instauradora de la filosofía como amor al saber por el saber del amor, es una yunta de contrarios. Nulidad por su madre, potencia por su padre, el amor es todo y nada. Orlando fue la encarnación ambulante del mito platónico y neoplatónico de Poro y Penía que recorre la nacionalidad desde la Academia de Florencia, Vitoria, Suárez, Bartolomé de las Casas y ante todo el monumental Inca Garcilaso de la Vega, quien a mitad de su vida tradujera los *Diálogos de Amor* del sefaradí León Hebreo como un ábrete sésamo para conciliar el mandado de perseverar en el nombre del padre español y elevarse a la sabiduría al obedecer en su vida plena a la memoria indígena por amor a la madre (Hernández, 1993). Como redivivos Telémacos divagamos desgarrados entre aldea y orbe.

Otro mito: en la novela que publicaré este año, *Marrano congo anima excripta*, denomino a Orlando como *Parcefals*, el misterioso bíblico presbiteriano, un anagrama de Parsifal, el mito medieval resucitado en la última ópera de Wagner que provocara las iras de Nietzsche por incorporar la compasión budista debida a Schopenhauer, tan presente en el pensamiento del filósofo pese a su martillo contra todo resto de misericordia⁸. La de Orlando fue una peregrinación romántica, como explayaré luego. Peregrinación es, en su etimología, *per agrus*: deambular por campo abierto como los juglares, zurciendo feudos con villas por medio de cantos, como en los cantos criollos de la vaquería o del vallenato. De hecho, la probable etimología de Parsifal es *perce vals*, el que atraviesa los valles, como deambulara Orlando de ciénaga en ciénaga por el Caribe. El neologismo añade la semántica del parcero tan vecina a las voces de comparsa y de compañero, cuya etimología es *cum panis*, quien comparte el pan, la eucaristía de la sapiencia, tan propia de los carnavales.

Pero lo sustancial del mito de Parsifal es la brega descomunal del arquetipo de allende con la gesta heroica de su redivivo por sanar una comunidad sagrada herida en su equilibrio por la sustracción de una lanza por un malévolo demiurgo, Klingsor⁹. Sin su fuerza, el cáliz del amor se debilita y, en consecuencia, la naturaleza se marchita y los habitantes padecen. En mi traducción, la épica de *Parcefals* se orienta en el mismo sentido de la misión del *daimon* de conciliar el Estado con la nación, en buena medida por su aspiración, en tanto constituyente en 1991, de reordenar el nexo de la población con el cuidado de la naturaleza y con la justicia política redistributiva en un cambio radical de la disposición geográfica y demográfica, para lo cual se inspiró en el precedente del radicalismo del siglo XIX, que fuera la fuente de la nostalgia de Orlando y con él de la sociología.

La espiritualidad de Orlando Fals Borda fue inconmensurable. Si en la novela lo distingo como el Misterioso Bíblico Presbiteriano se debe a que su raigambre protestante fue muy acendrada por vía de su madre. En el fondo, el mayúsculo problema que afronta el ser humano y femenino es el de la irrevocable finitud. El pensamiento del más allá y, por ende, el de la salvación, sea mundana o extra mundana, es tan inescapable como irresoluble. Desde la formulación de la teología negativa por Dionisio, el pseudo Areopagita, entre el siglo V y VI, toda respuesta frente a lo absoluto es paradójica: dios, o quien lo encarne como suma potencia, no es equivalente a ningún ente de la órbita temporal o espacial. Así que, al afirmarlo, como pretendía Dionisio, lo niegan por destierro absoluto. Paradójica suma, como el lema medieval que aterrara a Pascal: “el cosmos es una esfera cuya circunferencia está en todas partes y su centro en ninguna”. De Agustín a San Anselmo y a Santo Tomás, la teología intentó sosegar con dos postulados opuestos: creo para entender, entiendo para creer. Pero nada llena el inconmensurable hiato por más que se dé la doble vuelta. Lo absoluto, lo Uno, lo divino, lo sublime por excelencia son de modo inescapable un nómeno,

⁸ De Schopenhauer conservó la idea del eterno retorno de lo igual, pero lo separó de quien fuera su maestro juvenil, su postulación de la voluntad de poder, misma que ostenta tanta grandeza por aludir a la potencia del ser humano y femenino como *übermensch* o, si se prefiriera, *überfrau*, como tanta miseria porque de ella tomaría pie la arrogancia del nazismo.

⁹ Un inmenso equívoco, producto de la egolatría de Hitler, lo llevó a identificarse con Siegfried y con Parsifal, cuando en verdad se demostró que era un pobre émulo de la pérfida negatividad de Klingsor, el genio maligno.

como zanjó Kant: no se pueden probar, como tampoco improbar. Queda apenas una parva lumbre que acaso sea la vía de la mística: una improbable, pero siempre intentada intuición intelectual, la del misterio inefable (Restrepo, DP).

La tentación simoníaca, que consiste en transformar lo sagrado en profano, o en disolver la espiritualidad en la magia, según se narra en Los Hechos de los Apóstoles en el episodio de Simón el Mago, fue imposible de desterrar en la tradición de las iglesias cristianas. La salvación por obras o indulgencia del catolicismo, o por la fe del luteranismo, del calvinismo y del presbiterianismo, se tiñen del expediente milenarista de las distintas formas de magia. Como demostró Max Weber, la angustia protestante por la imposibilidad de conocer la predestinación llevó a elegir signos indirectos de salvación, el oro y el poder (Weber, 1969). Por esta vía elevaron el fetichismo de la moneda a la liturgia cotidiana de celebración del Becerro de Oro, el capital o la moneda, como demostraron Marx y Benjamin en la literatura Mallarmé. El capital, en tanto trabajo muerto apropiado por pocos, controla el valor de cambio universal, tras el cual se afanan los inmensos politeísmos de quienes quedan consumidos y consumados por la adoración de los valores de uso fungibles, gracias al espejismo del aura de las mercancías.

¿Cómo se explica, en este marco, la divinización de la naturaleza y del pueblo tan patente en la saga de Orlando Fals Borda, siendo tan acendrada su fe presbiteriana, de la cual nunca abdicó, tan presente en su talante mesiánico y en su uso recurrente de los profetas, como sugeriré con un ejemplo paradigmático?

Algunos giros se precisan para ponderar una respuesta plausible. Si la religiosidad es, desde un punto de vista secular y sociológico, la organización social de la esperanza última, no hay nada que escape a ella, pues en el fondo todo pensamiento del futuro adquiere un tinte religioso. Es, lo sé, una visión excéntrica, pero verosímil. Incluso el comunismo es desde esta perspectiva un impulso mesiánico. Ahora bien, sabemos de la muerte de Dios gracias a Nietzsche, quien firmó su libro póstumo, el *Ecce Homo*, ya entrado en locura, como *Dioniso el Crucificado*. No obstante, la noticia del filósofo fue bastante anacrónica, aunque potente por encerrarla en el Zarathustra con la idea del *übermensch* (*¿e überfrau?*), el sobrehumano, una idea elevada a la potencia del narcisismo contemporáneo, y, que a falta de sucedáneos, terminará por exaltar la idea peregrina del *Homo Deus* de un escritor, pese a todo muy sutil, aunque en el fondo predique un nuevo advenimiento con el arribo de la inteligencia artificial, de cuyo mesianismo no sabemos si derivará en el apocalipsis de la *matrix* (Harari, 2014; 2016), aunque sí sabemos que *la breve historia del mañana*, como reza el subtítulo, fue humillada por un diminuto virus.

Ya los jacobinos habían entronizado como emblema de la razón en la catedral de Notre Dame a una bailarina, dicen algunos con eufemismo, o a una prostituta, alegan otros. Poco después, en 1796, un gran escritor, Jean Paul Richter, escribió a sus 33 años un “Discurso de Cristo muerto desde lo alto del cosmos diciendo que no hay Dios”. Para curarse en salud, enunciaba la noticia como un sueño de Shakespeare¹⁰. Apoyado en un epígrafe de Richter, Gerard Nerval elevó el tema a la suprema dignidad con uno de los poemas más extraordinarios y terribles de todos los tiempos: “Cristo en el Monte de los Olivos”, publicado justo cuando Marx dio a luz el célebre *Manifiesto comunista*¹¹.

Con todo, el inconmensurable vaciamiento del cielo que podría relegar la espiritualidad al estatuto de un museo de la teología, tan bien examinado en un reciente libro de Peter Sloterdijk, *Hacer hablar al cielo. La religión como teopoesía*. (Sloterdijk, 2022), condensa solo una dimensión de la religiosidad, pues, por fortuna, el movimiento ascensional del espíritu se ha contrarrestado con un movimiento descendente, expresado de modo superbo por un neologismo del filósofo existencialista francés Jean Wahl: *trans-descendencia* (Wahl, 1944). Esto quiere decir resituar a Dios en la tierra, pilar de una onto-teología. Por supuesto, este movimiento partió de Kierkegaard, se ahondó con Nietzsche, pese a sus exageraciones, y se enraizó con Heidegger y Husserl.

¹⁰ Puede leerse el texto con mucho provecho en: <http://taduraca.blogspot.com/2019/06/el-sueno-de-jean-paul-richter-discurso.html> (descargado en 2024-04-10).

¹¹ El poema puede consultarse en: <https://hablardepoesia.com.ar/2018/05/22/gerard-de-nerval-el-cristo-de-los-olivos/> /descargado en 2024-04-12). En ambos casos una fuente clásica es el libro de Béguin (1992).

La raíz filosófica de esta teología invertida finca a la perfección en la obra de Baruch Spinoza con su divisa bien conocida: *Deus, sive natura*, tan apreciada por Einstein, quien repitiera que él creía en el dios de Spinoza. Quizás también en el fondo de Marx alumbrara esa llama votiva, pues dedicó un cuaderno de juventud al estudio de Spinoza. Spinoza no es tan distante de nuestros horizontes existenciales, comoquiera que fuera un sefardita, marca que se vislumbra en la polaridad de dos pasiones contrarias (alegría y tristeza), que distinguen su *ética*, cuya semántica es muy ibérica, para nada judía o neerlandesa, también asociada a su júbilo por la luz como tallador de lentes (Spinoza, 1967). Por lo demás, y aunque esto constituya un baldón para el pensador libertario, con su hermano poseía plantaciones de azúcar en Brasil, por cuya vía se explica una pesadilla infausta con “un negro leproso brasileño”, narrada en una carta a Pieter Balling el 20 de julio de 1664 (Spinoza, 1988, p. 158), expresión que tanta tinta ha puesto a correr como grave lunar de quien anticipara una democracia radical. Pero ello, es un ejemplo de que nadie es un entero sólido, pues todos exhibimos fracturas, astillas y sombras (González, 2012).

Ahora bien, este movimiento onto-teológico halló una ampliación en el movimiento romántico y, más allá, en el simbolismo de Mallarmé y en la secuela de Rainer Maria Rilke. Basta mencionar a Jean Jacques Rousseau, cuyas ideas libertarias nos permearon a fondo por vía de Simón Rodríguez y de Bolívar, y, más acá, por ejemplo, con el libro de José María Samper, *Historia de un alma*, de los pocos que han intentado seguir entre otros un mandato de Novalis: *nach innen*, hacia adentro, en dirección hacia el conocimiento de sí mismo, algo que por cierto faltó en Orlando por su talante extrovertido y, que, en mi caso, ha sido una obsesión incluso delirante por la continuidad de mis diarios/nocturnos desde que los iniciara en 1963.

Por abreviar, Rousseau luce muy transpuesto en la travesía de Fals Borda por su música (su ópera *El adivino de la aldea*), el culto a la naturaleza y a la botánica, el infinito amor al pueblo y su disidencia radical, aunque de nuevo en el fundador de la sociología faltó esa introspección honda que traspuso Rousseau (1963) en sus *Confesiones*. De paso, no solo se extraña en Orlando trazos de autobiografía, que son pocos, sino algo de lo cual no es responsable, pero que indica nuestro precario cuidado en la preservación de su obra: una biografía que deberá trazarse, y no me imagino la tremenda dificultad de quien intentara colmar este inmenso vacío. Yo mismo he de lamentarme por no haber ensayado unas entrevistas de profundidad con Orlando que hubiera sido el mayor reconocimiento hacia su vida y obra. De hecho, se me quedaron en el tintero miles de preguntas que hubiera querido formularle.

Quisiera destacar por su hondura y por su significado para el giro de la *trans-descendencia* el famoso poema de Novalis “Los himnos a la noche”, que yo tradujera y publicara en 1990 (Novalis, 1969; Restrepo, 1990). Allí el pietista y minero, de espaldas al mundo solar, siendo un *savant* ilustrado bien fincado en los cánones de la ciencia de su tiempo, embriagado por el zumo de amapola (el opio o el láudano), se sumerge en las entrañas de la tierra. En los versos finales canta a su Sofía, la amada difunta, pero bien sabemos que tras ella figura el arquetipo de la sabiduría de todos los tiempos, la *Sophia*. Lo esencial, a mi juicio, se condensa en dos proposiciones exclamadas al final en honor a una divinidad encerrada en la tumba de la amada: *izu unten!*, ¡hacia abajo!, hacia Jesús el amado. Así que Cristo, como en Teilhard de Chardin y como en Orlando se funde con *Gaia*.

Tal será el talante del romanticismo que palpita con júbilo en su coetáneo Hölderlin en sus *Friedenfests*, *La fiesta de la paz*, que también he traducido en 2019, aún sin publicar. *Trans-descendencia* que el lector hallará en Mallarmé cuando indica que: “A pesar de todo sobreviviría, común aceptación de una entre las Quimeras, la religión, en esta prueba liminar, la Justicia” (Mallarmé, 1993, 104).

Aquel hálito se condensó bien elevado en Rainer Maria Rilke, ante todo en su formidable *Libro de la pobreza y de la muerte*, de 1903, incorporado en el *Libro de las oraciones*, como cierre del tríptico, en el cual aboga por los pobres del campo y clama por el retorno de un San Francisco. Además, en sus 56 *Sonetos a Orfeo*, mismos que también traduje y glosé en mi estancia de siete años en Arauca. Ese gran poemario fue paralelo de la otra obra cumbre compuesta en la víspera de su muerte, *La elegía del Duino*; en ambas realizó una operación inconmensurable cuando toda la naturaleza exterior deviene interior en el poeta, con lo cual se produce ese milagro de sellar el vínculo al que aspiró la filosofía desde cuando los filósofos árabes

en España comenzaran a variar en torno al nexo entre *natura naturans*, la naturaleza pensante, y la *natura naturata*, la naturaleza pensada y sensitiva, vínculo que fuera crucial en el idealismo romántico de Schelling.

Pues bien, este legado espiritual, filosófico y literario transpira en Orlando en una expansión tácita del lema de Spinoza: *Deus sive natura, Deus sive multitudo*. ¡Formidable en su brevedad como una recusación de la ética protestante encaminada a la adoración de un mundo metálico regido por la dignidad del plomo (el poder) y del oro (el dinero) como signos de predestinación y salvación! Que un parcero como Orlando, nuestro *Parcefals*, haya esquivado y desafiado el canon protestante es uno de nuestros milagros y misterios como pueblos-mundos.

No se infiera por lo expuesto que Orlando haya recorrido de modo literal estos pasos. Basta saber que sus primeros estudios en Estados Unidos fueron los literarios en el Bachelor of Arts, luego de dejar con prisa la carrera militar en su primera juventud, aconsejado y urgido por su madre, pues, como bien se sabe, cursó unos años casi adolescente en la Escuela de Cadetes donde fuera compañero de quienes luego figurarían como generales adscritos al orden del sistema que Orlando recusaba (Valencia Tovar, Camacho Leyva, familiar este de María Cristina quien se negó a concederle gracia por el parentesco, Matallana y muchos otros). Además, tómese en cuenta que fue compañero de pupitre e íntimo amigo en el Colegio Americano de Barranquilla de Álvaro Cepeda Samudio, por quien fue relativamente cercano al grupo de La Cueva y quizás siguiera de cerca a Gabriel García Márquez, además de estar todos ellos imbuidos por el espíritu de los carnavales.

Insisto: no quiero sugerir que Orlando leyera los textos que he indicado, pero ellos forman un compendio de esa sabiduría universal que flota como nube más que cibernética en lo que se llamaba “el espíritu de los tiempos”. Pues más allá de los algoritmos de la inteligencia artificial, tan basados en promedios estocásticos, hay otros más profundos que desconocemos y que pertenecen a lo que el historiador Abel Ricardo López Pedreros trabaja en el momento como inconsciente histórico que, por vías que tampoco podemos aún certificar en su porqué y en su modo, se engarzan con los inconscientes subjetivos.

Pero aún hay más. Y nada menos que un enigma que pertenece al orden del arcano de lo femenino en la ordenación recóndita de Orlando bajo el orden superficial del mundo. Ataño a ese nudo gordiano, tan discutido y vapuleado, la asimétrica urdimbre de la relación de sexo y género. Y no por azar ello linda con tantas disputas teológicas, filosóficas, sociológicas y literarias, pero ante todo vitales. El problema se puede plantear con brutal franqueza mediante una pregunta que, por supuesto, cabe negar por su superficialidad: ¿fue Fals Borda homosexual? Es hora de sacar a luz este interrogante, pero también de esquivar la simplicidad de las respuestas.

Pocos saben, y los que saben prefieren a menudo poner el asunto bajo el tapete, que mantuvo un romance de casi veinte años con un joven, cuando Orlando fuera constituyente y el muchacho de extracción popular fuera un escolta del M-19 al servicio de Antonio Navarro Wolf. ¿Qué enamoraba a un *senex* con un mancebo, como si se replicara la cultura griega? El carácter popular del joven unido a la energía de un talento nato. No lo ocultó a María Cristina Salazar e, incluso, lo reconoció en su testamento cuando le confió la propiedad intelectual de sus obras y el cuidado de sus cenizas. Ese joven, hoy ya más allá de la mitad de la vida, es mi amigo Víctor Edilson Jiménez, a quien dediqué el mejor ensayo que yo haya escrito sobre Orlando, y quien correspondió a mi amistad con una entrevista de tres horas, misma que yo ofrecería a quienes quisieran ensayar una biografía de Orlando, a cambio de que se recompensara como fuera debido a este joven talentoso, pero que por esos tontos estigmas que subsisten, pese a retóricas hipócritas, pena por ausencia de estima social¹².

Los caminos del sexo son de un inextricable misterio. Para simplificar, el sexo es la puerta de entrada y también de salida de cualquier existencia, pero en el intermedio la fronda y sus variaciones son tan

¹² De hecho, y pese a que carezco de patrimonio y vivo a ras, yo pagué tres millones que estimo simbólicos por su generosidad y franqueza. Y, por supuesto, nadie me invistió para controlar los usos de esos pequeños honorarios. Lo digo porque sufriendo por una depresión bastante comprensible para quien se sorprenda por los misterios del alma humana, se ha recusado al amigo y se lo ha tachado como escoria.

enmarañadas como asombrosas. En este punto no vale el socorro de Freud, pese a que entreabriera la puerta de los enigmas, porque sería preciso someter al diván analítico a Freud y a las distintas formas del psicoanálisis. Admitámoslo: arrastraron como era propio de su tiempo victoriano muchas taras del acendrado y terco orden patriarcal. Nada inútil, pero hay que defender al psicoanálisis de los psicoanalistas, por expresarlo con una paradoja.

Parte de la solución al enigma de la sexualidad heterodoxa de Orlando Fals Borda me viene de mi propio sufrimiento, pero como este no es el tema de mi ensayo, que relego a la novela que se publicará en septiembre, *Marrano congo anima excripta*, me valgo de muchos rodeos para dilucidarlo. En la mitad del camino de mi vida, cuando yo oficiaba aún como el negro, como llaman en Francia al escritor fantasma, el *ghostwriter* en la nominación inglesa, oficioso designio, pues no era propio de un jefe de la Unidad de Desarrollo Social del Departamento Nacional de Planeación, entre 1982 y 1985, escribí un ensayo de homenaje a Orlando por la *Historia doble de la Costa* (Restrepo, *Historia doble de una profesía*, en Cataño, 1987). Allí me asombraba el epígrafe de *Campesinos de los Andes* que también sirviera como un colofón, tomado del libro de un pasaje del libro profético de Ester, un libro alabado por los católicos por estimarlo como puente hacia María, disputado por algunas sectas protestantes por la misma razón, y de cualquier manera hermoso por ser escrito en clave de carnestolendas. He aquí el epígrafe, reiterado en el cierre del libro de Orlando, de tal modo que todo el libro se permea de una profecía que de muy antaño, como la universalidad y ubicuidad de los mitos, se traslada a la encrucijada de Colombia y se instila en el destino entero de Orlando. Copio el epígrafe literal tal cual aparece en la obra de Fals Borda:

No pienses en tu alma que escaparás en el palacio del rey... Porque si absolutamente callares en este tiempo, respiro y liberación surgirán de otra parte... ¿Quién sabe si para esta hora te han hecho llegar? -MARDOQUEO A ESTER. (Fals Borda, 1961, 1955, p. XVII, en el prefacio firmado en Florida).

Y la frase final del libro, antes del apéndice, sentencia:

Si para los saucitas parece haber llegado el día de “respiro y liberación”, igualmente para los patriotas y dirigentes el momento del examen y de la revaluación debe apresurarse. ¿Será necesario que un nuevo Mardoqueo haga su aparición, para recordar a los dirigentes que “en el palacio del rey” no hay salvación? (p. 304).

Ahora bien, la transcripción doble, hebrea y española, es de mayor riqueza¹³:

13: Y Mordejai pidió contestarle a Ester: no creas en el interior de tu alma, que tú entre todos los judíos has de escapar de la casa del rey. (14) Ya que si callas esta vez, la ayuda y la salvación de los judíos vendrán de otra parte, pero tú y tu hogar paterno perecerán. ¡Y quién sabe, si has llegado a la condición de reina para un suceso como éste!

Mordejai es el nombre hebreo de Mardoqueo. Pero lo importante de las dos versiones es monumental, tanto desde la perspectiva histórica, como desde la figuración fantasmática del escritor y transcriptor, Orlando. Por el primer horizonte, de lo que se trata nada menos es de predecir casi punto por punto lo que ocurrió, ya no con la salvación de los hebreos, entonces perseguidos por un ministro enemigo de ellos en el exilio de Asiria, sino del salvamento de los campesinos colombianos, de no atender el reclamo de una transformación agraria, prevista ya por él desde 1955 y actualizada en la edición del libro en español en 1961, luego de que Orlando ejerciera temporalmente el oficio de Secretario Técnico del Ministerio de Agricultura, entonces dirigido por Otto Morales Benítez, tan acucioso entonces en la rehabilitación de las zonas de violencia, con ayuda de la institución sociológica, como luego cuando sería gestor de paz entre las administraciones de Turbay Ayala y Belisario Betancur. Pero entonces, en el inicio del Frente Nacional, como luego del malhadado Acuerdo de Chicoral de 1972, incluso como ahora, y como siempre desde que Alejandro López reclamara una mutación radical del agro en *Problemas colombianos*, en 1927, el clamor se ha diferido hasta el punto de que “respiro y liberación” parecieran emerger de otra parte para el salvamento, solo que en una contienda de armas de más de medio siglo las distintas guerrillas no solamente no alcanzaron jamás

¹³ La traspongo del siguiente enlace: <https://www.seminariorabinico.org/wp-content/uploads/El-libro-de-Ester-Meguila-Ester.pdf> (descargado en 20240415).

a inducirlo, sino que lo agravaron cuando se mezcló el narcotráfico con el paramilitarismo para llevar a la nación al abismo de la tragedia de los comunes, en la cual todos perdemos sin remedio.

Ahora bien, desde el punto de vista de la hermenéutica crítica del texto, el fraseo es no poco sorprendente, si se lo examina desde las versiones españolas y más aún con la hebrea. Pues Orlando Fals Borda desempeña en ambos casos el papel de Mardoqueo o Mardojai, pero también, y ello es fabuloso como aviso de cierto travestismo, aunque sea solo en apariencia literario, pues asume el estatuto de la reina en el “Palacio”, el antiguo de Asiria, pues al traerlo al presente de la escritura de Fals Borda, se trata del mal llamado “Palacio de San Carlos”, como fuera nombrada la sede de la Presidencia de la República antes de erigirse la Casa de Nariño. Advierto antes de que el asunto se juzgue a la ligera, que el travestismo literario no es adjetivo en la historia de la literatura. Basta mencionar dos ejemplos entre decenas, el de Flaubert cuando exclama: “¡Madame Bovary soy yo!”, o el de Mallarmé cuando se firma en los once números de su revista *La dernière mode*, como Madeimoselle Satin, lo cual por la sustancia alude a la delicada tela negra, el satín, pero también por la fonética designa a Satán, el mismo Lucifer, a quien hay que tomar lejos del sentido religioso como demonio, mejor como encarnación en el genio místico o profano del oxímoron recurrente de las *tinieblas luminosas*¹⁴. Pero además y lo más importante consiste en que el genio suele alcanzar una condición espiritual andrógina, atributo que trasciende tanto al sexo biológico, como al género en lo que Jung con los alquimistas denomina el matrimonio simbólico del *animus* y de la *anima*.

No menos de dos décadas debí sumergirme en cavilaciones en torno a este tópico misterioso, hasta que cerca de 2015, cuando escribiera el ensayo más sólido en torno a Orlando, recibí un libro del Colegio Americano (Castillo y Pérez, 2010), regentado por el presbiterianismo de la Iglesia reformada, y allí hallé una perla preciosa: cuando Orlando cursaba estudios secundarios, su madre era profesora del colegio y transpuso en una obra de teatro el texto bíblico de Ester. No es dable saber qué personajes representaron los distintos papeles: quién Mardoqueo, acaso Orlando; quién la Reina, con probabilidad su madre.

Pero en este punto se abre un abanico de sorpresas. Las tres mujeres que amó en su vida llevan el nombre de María: María Borda, su madre; María Cristina Salazar, su consorte; y María Barilla, la cantautora que cierra el cuarto libro de *Historia doble de la Costa*, como si fuera el acto final del festival del porro de San Pelayo en la celebración de la nueva alborada, con decenas de orquestas que cantan junto a los gallos el clarear la aurora. ¡Bello y sublime!

El tema de las tres Marías, sin aludir a las astrales, configura el esplendor de la vida y obra de Orlando como arquetipo del pensador sabio universal surgido en la constelación del sur, donde habitamos como pueblos-mundos en una naturaleza exuberante. Sincretismo, aplicable sí en este caso con propiedad¹⁵, porque la trayectoria de Orlando Fals Borda y de su padre y madre como conversos al presbiterianismo fue de reciente data, afincado sobre el limo de medio milenio de nuestra experiencia orbital como católicos, así que la sobrepelliz protestante, de valor inconmensurable, encajaba en un sedimento católico, pero ambos sometidos en la trayectoria de Orlando al limo de la *trans-descendencia* secular en molde de un socialismo criollo de raíces indígenas y populares.

Así que, para responder a la pregunta más bien simple, e incluso infame, de si Orlando era homosexual, la respuesta ha de dar un giro extraordinario para sugerir que la alquimia de sus pasiones libidinales se ordenaba en torno a una muy extraña pansexualidad, o, mejor dicho: a una erótica de la naturaleza y de la cultura que trasciende toda clasificación binaria.

¹⁴ A tenor de las orientaciones de Jung, yo suelo preguntar a otros o a otras, como he procedido conmigo mismo, cuál es el tamaño de sus sombras, para deducir de allí cuál *podría* ser la magnitud de sus luces. Es de nuevo una variación en torno al problema del estatuto del *conatus*, aquí precisada para otro tópico que no alcanzó a examinar Spinoza por su vida breve: de qué modo las pasiones tristes pueden transformarse en pasiones alegres.

¹⁵ Desde los noventa he puesto en duda el uso desmedido del concepto de sincretismo, pues este significa mezcla perfecta, cuando la mayoría de las mixturas en estos territorios contiene factores dominantes y otros subordinados, como en el creole. El ejemplo más propicio para un esclarecimiento es el del supuesto carácter sincrético de Changó convertido en Santa Bárbara. ¿Cómo puede ser perfecta la unión de un guerrero yoruba con una mártir católica de seno amputado? La mezcla ocurrió para sortear la presión de la inquisición.

Descarto el remoquete de híbrido sexual o cultural, porque la noción de híbrido denota lo infecundo, aquello que no genera, casi como lo propio de lo “degenerado”¹⁶, cuando lo que hubo en el *experimentum crucis* de Orlando fue más bien, y, por el contrario, una suerte de erótica social, como ya lo ha develado un excelente investigador en un ensayo espléndido en torno a la teoría *queer* presente en *Historia doble de la Costa* (Pereira, 2022). Prefiero, por tanto, la noción de anfibio cultural, e incluso, añadiría que Fals Borda no se comprendería muy bien de no atrevernos a pensar en una epistemología y ecología de los manglares y de las ciénagas, allí donde lindan agua, aire, luna, sol, lo seco, lo húmedo, lo animal terrestre, lo anfibio y lo marino. Como la selva, los manglares y las ciénagas son *escenarios* de unas coordenadas mentales y materiales que escapan al *logos* ordinario.

Anfibio era por los bordes entre catolicismo, presbiterianismo y socialismo, por los cuales fue afín a Camilo Torres Restrepo, sin olvidar que la teología de la revolución de índole protestante y presbiteriana fue anterior en un lustro a la teología de la liberación de talante católico, y que por la amistad en Barranquilla y en Brasil de Orlando con Richard Schaul, el adalid de dicha versión, quien terminaría como profesor de teología en Princeton, Orlando navegó en las dos aguas. Anfibio era Orlando porque era tan andino, emparentado como primo con los Zalamea por lo Borda, como Caribe, e incluso catalán por su padre y chimila por su abuela materna. Anfibio lo fue por estar situado en los bordes de todos los pueblos-mundos de estas latitudes y con estatura *glocal* por su deuda y afinidad con Norteamérica y Europa, lugares donde se formó y de los cuales provino la inmensa financiación de sus indagaciones. Anfibio lo fue por su pansexualidad y su erótica social.

Gracias a estos atributos, concluyo este capítulo con una asombrosa expansión de la paráfrasis que urdió Orlando Fals Borda del motivo cardinal de Spinoza: *Deus, sive natura. Deus, sive multitudo. Deus, sive anima mundi*, por lo cual comprendo el eterno femenino germinador. Así, entonces, ¡Dios, o sea la naturaleza! ¡Dios, o sea la multitud! ¡Dios, o sea el eterno femenino creador! Es afín a la onto-teología de Emmanuel Lévinas en su precepto de ver a Dios en los rostros de los otros, pero va más allá de él (Lévinas, 1987): si concordaba con el pensador lituano radicado en Francia en la primacía de la ética como fundamento de la filosofía, añadiría que es el bucle de estética y ética donde reposaría todo pensar y actuar destinado a curar las dolencias de la injusticia.

La *trans-descendencia* fue conquistada en estas coordenadas por el arquetipo de Orlando Fals Borda a base de voluntad para persistir, pese al dolor; de libertad para ejercer la disidencia radical, frente a toda opresión; de creatividad para superar toda medianía; y ante todo por su pulsión sexual y social que del sexo lo elevó al *eros*, a la *caritas* y al *ágape*.

Tercero: de la teoría ajena a la teoría apropiada y del *sentipensamiento* a la *sentisapiencia*

En esta parte doy cuenta somera del modo como he transformado los legados de los dos grandes maestros de las ciencias sociales: Darío Mesa Chica y Orlando Fals Borda. Lejos de una oposición excluyente, los he entremezclado de un modo selectivo y metódico en mi evolución vital e intelectual, porque la obligación de un pensador con sus maestros impone combinar el pensamiento convergente (el respeto y la apropiación) con el pensamiento divergente (la transformación libre de las herencias a partir de preguntas cruciales, de las cuales surgen nuevas creaciones). Quisiera demostrar que cuando se transforman los dilemas en conjunciones, un seguidor puede complementar en su cabeza al uno con el otro, reconciliándolos de modo que pervivan en nuevos horizontes. Así como espero que ocurra con lo que he sembrado en tantas décadas. Y como desearía que ocurriera en un ámbito ajeno al mío, aunque no sea indiferente, el de la política, arena de todas nuestras discordias.

¹⁶ La etimología de ‘degenerado’ proviene del latín de ‘*generare*’ y significa ‘hacer de peor género’ (<https://etimologias.dechile.net/?degenerar#:~:text=La%20palabra%20degenerar%22%20viene%20del,g%C3%A9nero%2C%20progenie%20y%20tambi%C3%A9n%20cong%C3%A9nito>) (consultado en 20240417).

La transformación de los legados de Darío Mesa y de Talcott Parsons

Intenté seguir las huellas de Darío Mesa Chica y de Orlando Fals Borda, como lo ensayaba en el páramo de Sumapaz, al pisar allí donde marcaba el paso el esclarecido profesor Ernesto Guhl, no solo por respeto a la flora delicada del entorno, sino como un ritual propiciatorio hacia quien nos hizo amar a la patria en su geografía, y que fue acogido por ella cuando huyó del nazismo.

De Darío Mesa me fascinaba su dominio de la historia mundial, examinada por él en cinco idiomas, del inglés al ruso. Me encantaban su absoluta consagración a la pedagogía y su insistencia de retornos a apropiar el pensamiento clásico de la filosofía y de las ciencias sociales para que lo pusiéramos a ras del humus de Colombia. Ciertamente es que, pese a su tenaz apropiación del Marx a la luz de Hegel y de su veneración de Max Weber, apropiado con rigor germano, algunos resabios le quedaban de su antigua fascinación por la épica de Stalin, por su papel en empujar a la Unión Soviética a la frontera del mundo, ante lo cual siempre fui distante, porque aquello se logró antes de la Segunda Guerra Mundial a punta de terror. De aquel deslumbramiento, le quedaba a Mesa un tic, casi una manía, cuando insistía en formarnos como “cuadros del Estado” para inducir una transformación radical, cuya brújula era empero incitante: la apropiación de la ciencia y de la tecnología, metas que en él formaban el hilo conductor de una posible redención nacional librada del recurso de las armas.

Aquella misión se fundió en mi lucha contra esa suerte de Luzbel que encarnara Talcott Parsons. Enseñarlo no era llano por ser exótico a las pasiones nacionales, tan dispuestas a una insurrección súbita. Debí dedicar siete años al estudio de la *Crítica de la razón pura* de Kant con el colega Alfonso Piza¹⁷, por intuir que allí reposaba uno de los fundamentos del gran teórico de sistemas, y además los cimientos de toda la filosofía subsiguiente. El teórico de los sistemas orientado en su última época al lenguaje cibernético se hallaba en la década del 70 en el ocaso de su periplo, criticado por todos los flancos y en todas las latitudes. Con fascinación traduje lo que denominé con su venia su *Autobiografía intelectual* (Parsons, 1979, 2009). Aquel a quien el colega Fernando Uricoechea denominara como el santo Tomás del siglo XX, se convirtió en un *daimon* en mi trayectoria, un ángel negro, un *sparring*, hasta que, a los exactos treinta años de su muerte, en 2009, vi la luz tras una larga noche al volverlo al revés, quiero decir: al formular a partir de la crítica mi propia *Teoría dramática y tramática de las sociedades*, en operación análoga, guardadas las proporciones, a la de Marx con Hegel (Parsons, 2009; Restrepo, 2009).

El asunto merece barajarse un tanto. Parsons (1970) no fue ajeno a la afectividad que él subsumió en su *sistema social*, mediada por su acercamiento al psicoanálisis (Parsons, 2009), aunque este fuera deficiente por el sesgo del planteamiento de un “yo fuerte” amoldado al pragmatismo del norte, y porque la subsumió bajo la racionalidad que fue en su teoría el factor dominante de la caja negra de una sociedad, la dimensión crucial de control social. Por cierto, su estudio me acercaba a la visión de Darío Mesa por la tesis de Parsons de que la educación era el fenómeno más revolucionario del siglo XX, subsumida bajo un fecundo concepto ampliado de socialización, enriquecido por la vía de Durkheim, y destacado en paralelo por la influencia de Max Weber por lo que planteaba como la preponderancia de la racionalidad científica, tecnológica y técnica que irradiaba de las instituciones de educación superior a toda la sociedad.

Mucho debió penar en su última década quien por el apellido Parsons, que significa párroco, fuera el patriarca teórico dominante de la sociología mundial en las anteriores tres décadas, porque los movimientos estudiantiles tan fuertes en Estados Unidos en los sesenta lo forzaron a revisar el papel secundario de la afectividad en un gran libro, pese a sus defectos: *The American University* (Parsons, 1973). No logró sobreaguar el teórico cibernético de los sistemas sociales a las críticas de todos los flancos de Europa y de Norteamérica, quienes de Habermas a Gouldner y decenas de otros tomaron lecciones de quien fuera, pese a todo ello, convertido en una especie de “cadáver exquisito”¹⁸. Yo mismo, pese a mi lejanía territorial y

¹⁷ Fue una dedicación de madrugada en madrugada en los días hábiles de la semana en un contexto de tremendos conflictos de la Universidad Nacional: cierres, tropes, pedreas, ocupación del ejército, anarquismo, una época delirante.

¹⁸ Se designa en el movimiento surrealista como “cadáver exquisito” a una técnica de escritura automática tomada de una interacción aleatoria y mediummática con interlocutores ausentes o muertos.

conceptual con tan luminoso demonio, fui acusado dos veces por académicos renombrados de Colombia, por ser “funcionalista”, pese a mi distancia con el teórico. Sin tomar en cuenta el pasado, así parecía que yo reviviera el ostracismo académico que experimentara Orlando al ser tachado de imperialista.

Mi crítica a Parsons y el surgimiento de la *Teoría dramática y tramática de las sociedades* se fundaron en el imperativo de acceder al nivel superior de la sabiduría, más allá de las ciencias, sin demeritarlas, mediante un equilibrio y realimentación de racionalidad y afectividad, tal como las deducía del diálogo socrático expuesto por Diotima en *El banquete* (Platón, 1969). Pero, además, mis estudios y mis pasos por divanes como paciente me llevarían a apreciar con más hondura el papel de la afectividad, y lo tortuoso que es no solo el control personal y social, sino la transformación propia y colectiva. Y de no menor importancia, en este punto, irradió plena la influencia de Orlando Fals Borda, porque su teoría y su práctica están fundadas en el amor, como si fuera, como de hecho lo fue, un consagrado al discurso del amor de San Pablo en la primera Epístola a los Corintios, pues no conozco a nadie ni cercano ni lejano que más se haya fundido con el espíritu de ese pasaje citado a pie de página¹⁹, por lo demás expuesto en una epístola dirigida a los humildes, a diferencia de la Epístola a los Romanos, esta con un talante más altivo y desafiante²⁰. Además, confieso que la idea de un pensador *tramático* fue influida por la gesta de Orlando, introducida en mi lenguaje para eludir la noción de “intelectual”, que mucho me disgusta, incluso si se refiere a un “intelectual orgánico”. En una sociedad traumática, el pensador benevolente está llamado a zurcir tramas que religuen, como lo hiciera Orlando. En la idea de lo dramático, mi propensión por el teatro me haría coincidir con la evolución de quien en principio fuera un seguidor aventajado de Parsons, Jeffrey Alexander, quien luego alcanzaría estatura propia gracias a su apuesta por la cultura, afín a mi derrotero (Alexander, 2005).

En el cuadro anexo de la *Teoría dramática y tramática de las sociedades*, disponible al final del ensayo, expongo los lineamientos de la teoría. Explicarlos paso por paso demandaría tiempo y espacio que sobrepasan los límites de este ensayo, y por lo demás han sido objeto de incontables ensayos que no es del caso reseñar. Así que me limito a un solo punto: el imperativo de Colombia de apropiarse la investigación científica, tecnológica y técnica, pero también la necesidad urgente de incrementar la investigación en las dimensiones estéticas y expresivas (artes, oralidad, letras, lenguaje), así como también las indagaciones a fondo en torno a la configuración de las dimensiones morales y éticas, y más allá de estas el fortalecimiento de los apoyos, hoy marginales e insuficientes, a la investigación en torno a las dimensiones de la cultura profunda (mitos, teología, religión, filosofía y sapiencia), ni qué decir de la trascendencia de la investigación en pedagogía y en educación.

Esta es la dirección en la cual más me he apoyado en el legado de Darío Mesa Chica. Con mayor razón, cuando hoy se avizora el tránsito de la inteligencia tradicional a la inteligencia artificial general, un escalón más hondo porque ya se vislumbra que estos dispositivos superen la inteligencia humana.

Un simple dato bien analizado permite ponderar qué tan sideralmente lejos estamos de la frontera mundial de la generación de conocimiento. El promedio de inversión en ciencia, tecnología y técnica de los

¹⁹ “Si yo hablo en lenguas de hombres y de ángeles, pero no tengo amor, no soy más que un tambor que resuena o un platillo que hace ruido. Si doy mensajes recibidos de Dios, y si conozco todas las cosas secretas, y tengo toda clase de conocimientos, y tengo la fe necesaria para quitar los cerros de su lugar, pero no tengo amor, no soy nada. Si reparto todo lo que tengo, y si entrego hasta mi propio cuerpo para ser quemado, pero no tengo amor, de nada me sirve. El amor es paciente, es benigno: no es envidioso, no es jactancioso, no se hincha, no es descortés, no piensa mal, no se alegra de la injusticia, se complace en la verdad; el amor todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo tolera. El amor nunca muere. Vendrá el tiempo en que ya no se tendrá que dar mensajes de Dios, ni se hablará en lenguas, ni se necesitará el conocimiento. Pues conocemos sólo en parte y en parte damos el mensaje divino, pero cuando conozcamos en forma completa, lo que es en parte desaparecerá... Cuando yo era niño, hablaba y pensaba como niño; pero cuando ya fui hombre, dejé atrás las cosas de niño. De la misma manera, ahora vemos las cosas en forma confusa, como reflejos horrorosos en un espejo, pero entonces las veremos con toda claridad. Ahora sólo conozco en parte, pero entonces voy a conocer completamente, como Dios me conoce a mí. Así pues la fe, la esperanza y el amor duran para siempre, pero el mayor de estos tres es el amor” San Pablo, *1 Corintios*, 13: 1-13.

²⁰ Según mis indagaciones, expuestas en un libro extenso inédito, *El renacimiento de América Latina* (Restrepo, 2017), de San Pablo se derivan dos modalidades de mesianismo: el uno político de tinte absolutista y revolucionario, desarrollado desde Lutero a partir de la epístola de San Pablo a los Romanos, basado en la pureza de la fe y en la ansiedad por la esperanza de salvación; el otro comunitario, humilde y sosegado proveniente de la primera epístola a los Corintios distinguido por la primacía del amor respecto a la fe y a la esperanza. Referencias a la teología de la liberación en Dussel (1995; 2008).

países del hemisferio norte, de distintos signos, sin contar la investigación humanística, que es en todas latitudes marginal, y en Colombia casi inexistente, oscila entre 3,0 % y 4,0 % del producto interno bruto, con tendencia al alza. Para que Colombia alcanzara la dignidad mínima de soberanía, que consiste en pensar y actuar por cuenta propia, se demandaría una inversión de al menos 2,0 %. Los países más avanzados de América Latina, México, Brasil y Argentina, apenas rozan el 1,0 %. Nuestro caso es penoso y de tragedia abrumadora: de 1984 a 2019 apenas se ascendió de un ridículo 0,19 % a un miserable 0,23 %. Una elemental regla de tres se impone: si en 39 años creció la proporción de la investigación científica, tecnológica y técnica apenas en un 0,04 %, para alcanzar el 2,0 % se preciarían al ritmo lineal actual 1950 años: ¡casi dos milenios, quiere decir a poco doscientas veces otros *cien años de soledad!* ¡A Esta luz, todos nuestros afanes políticos inveterados y pasionales lucen como juegos infantiles, pues acaso solo nos quede aspirar, como siempre, a elegir qué amo mundial adoptamos para no ser más que fusibles reemplazables a su capricho!

La transformación de la herencia de Orlando Fals Borda

En los años setenta investigué, junto a la sociología rural, la endeble tradición científica nacional. Me detuve en especial en la figura cimera del español convertido por vocación en neogranadino, José Celestino Mutis (1732-1808). En el arquetipo que, al apropiarse a Newton y Linneo, situó nuestros afanes a la altura del cielo y del humus, formador de la generación de independencia, hallé un fontanar que empataba mis aprendizajes en el sendero de Darío Mesa con la propuesta de mutación agraria trazada por Orlando Fals Borda, debida a amor al campo y a la naturaleza. Cómo no meditar que, de Mutis al mayor poemario colombiano, *Morada al sur* de Aurelio Arturo, respira la misma atmósfera hechizada de la Colombia campesina y profunda que resucitará como saber integral de las ciencias sociales en lo que Alex Pereira llamó “la travesía romántica de Orlando Fals Borda”.

Por muchos azares, entre ellos mi amor por José Celestino Mutis, pasé a ser entre 1982 y 1992 “un cuadro para el Estado”, como demandaba el maestro Darío Mesa. Fui jefe de la Unidad de Desarrollo Social del Departamento Nacional, entre 1982 y 1986; asesor de subjefatura y jefatura, de 1986 a 1990; coordinador de los procesos de reincorporación de 3.000 excombatientes del M-19, EPL, PRT y Quintín Lame, entre 1990 y 1992, en la Consejería de Paz de la Presidencia de la República. Al mismo tiempo coordiné la transformación de la política cultural; lideré planes de política de ciencia y tecnología; formulé el plan de desarrollo de los doctorados; pujé por la transformación de la política indígena; inicié el programa de cuentas sociales; ayudé a parir un programa de favorecimiento a microempresas; favorecí la creación de la UNAD y de la educación a distancia; amparé la inversión en investigación científica en las universidades; lideré los programas de la UNICEF en beneficio de la infancia; propicié la reforma de la educación para lograr mayor cobertura y calidad; contribuí a iniciar los planes de rehabilitación y el plan integral para el pacífico. Todo ello favorecido por un equipo extraordinario de profesionales de las ciencias sociales. Pero lo más sustancial de aquella época fue aprender una lección de abismo: ¡la conciencia del fracaso²¹! Pues con tanta pobreza y violencia, cualquier remedio era como arañar los muros de una triste cárcel para salir de ella.

Aún recuerdo que cuando llegué a Planeación, mi primera tarea fue compaginar la política social del plan de desarrollo (*Cambio con Equidad*) con la política económica liderada por mi amigo, el economista Jorge Ospina, entonces subjefe (Presidencia de la República, Departamento Nacional de Planeación, 1983). ¿Qué podía ofrecer un teórico dedicado a Kant y a Parsons, como era yo, también profesor de sociología rural, que no fueran los balbuceos de mis dos maestros, Darío Mesa y Orlando Fals Borda? Por el primero propuse una estrategia de la segunda expedición botánica para favorecer la investigación científica, ante

²¹ “Conciencia del fracaso”: la expresión proviene de un ensayo magistral del libro del psicoanalista junguiano, profesor de la Universidad Central de Caracas, a quien tuve la fortuna de conocer: el cubano nacionalizado en Venezuela Rafael López Pedraza: *Ansiedad cultural: cuatro ensayos de psicología de los arquetipos*. Su obra ha sido reunida por la editorial Pre-textos en 2021 en varios tomos. También deriva de un capítulo del formidable libro de Henry Adams, *La educación de Henry Adams*, publicado en 2001 por la editorial Alba de Barcelona: allí narra su experiencia como primer profesor de historia de la Universidad de Harvard, burlada por él como lo haría con toda su titánica vida porque su propósito fue siempre, no tanto el aprender a aprender, como el aprender a desaprender, esto es a desprenderse de todo el saber anacrónico y de todos los prejuicios de la ciencia en los cuales se había formado. Es irónico porque fue el mayor arquetipo de lo que será después de su muerte en 1907 el inmenso despliegue de la educación en Estados Unidos.

todo en las universidades, que de entonces datan su incremento, aunque insuficiente. Recibí en la academia la queja de que estaba sesgado por Mutis y omitía a Caldas, y que favorecía la memoria de la expedición de Mutis y no la corográfica: ¡en un país con tanta necesidad y necesidad, nada es perfecto!

Las otras estrategias eran tan elementales que me producían algo de pena porque eran a mi juicio tan obvias, pero derivaban de las lecciones de Orlando Fals Borda: fomentar la participación comunitaria y descentralizar la planeación para ponerle pueblo a las estrategias de cambio social. ¡Ahí fue la debacle! Cuando recité estas estrategias, la respuesta fue un dedo índice largo y peludo apuntado como una pistola hacia mí, acompañado con voz cavernosa que exclamaba: ¡eso es comunista! Miré a mis espaldas la puerta de salida del inmenso salón de la Casa de Nariño donde sesionaba el Consejo Nacional de Política Económica y Social, CONPES, aquel 29 de octubre de 1982. Pues mi designación había causado inmensa furia: ¿cómo era posible que un izquierdista (que nunca lo he sido, pues recuso tales motes), sociólogo, de la Universidad Nacional, haya reemplazado a una economista de la Universidad Javeriana, además sobrina del general Vega, segundo en el rango del Ejército, ella pariente de Mosquera Chaux, el mayor terrateniente del Cauca? Quien me condenaba a los infiernos era el ministro de Justicia, el “liberal” Bernardo Gaitán Mahecha: como decano de Ciencias Sociales de la Universidad Javeriana, clausuró los estudios de sociología y liquidó el movimiento Cataluña, liderado por los hermanos Pizarro León Gómez, junto a tantos colegas de generación.

Pero ocurrió entonces una suerte de milagro, porque el Gobierno apuntaba a una apertura democrática que llevaría a consagrar el antecedente de la Constitución de 1991: el acto legislativo número uno de 1986 que instituía la descentralización administrativa y la elección popular de alcaldes: ¡un acto que desmontaba de cuajo el régimen piramidal de la regeneración en el mismo centenario de la constitución de 1886! Me precio de haber contribuido no poco a ese giro radical mediante el expediente de mi trabajo clandestino como *negro*, el escritor fantasma de dos mil páginas de todos los discursos del presidente a los congresos ordinarios y extraordinarios de entonces, más otros mensajes cruciales, oficio por el que no recibí jamás emolumento alguno, que además multiplicaba por cinco mis cargas como jefe de la Unidad de Desarrollo Social, y por el cual recibiría baldones por negarme a participar en el sanedrín recóndito del gobierno, pues de lo que he sido radicalmente abstemio en mi vida es del vicio de ostentar poder, cualquiera que no sea el poder del saber, siempre tan parvo frente a lo inconmensurable. Reticencia temprana que hallaría su justificación al cerciorar el fracaso del gobierno en la tragedia de la doble toma del mal llamado “Palacio” de Justicia en noviembre de 1985, punto de la inflexión de mi estima frente al poder y también a los contrapoderes, e inicio de una profunda crisis personal de duración infinita.

Fue entonces cuando escribí el ensayo en honor a la *Historia doble de la Costa* de Orlando con mi indagación esotérica en torno al misterio de Mardoqueo y Ester. Así que tomaría una decisión en años de esa profunda crisis²²: dejaría de ser un “cuadro para el Estado”, ese Estado casi fallido, y me propondría seguir con más decisión a *Parcefals*, como “un círculo para la nación”, metáfora perfecta por circundar la nación, tanto en pensamiento, como en existencia. Ello demandó una muda radical de piel y de alma. Que figura en mis diarios/nocturnos y no es del caso relatar aquí, salvo por una dimensión.

En busca de la sabiduría, tal ha sido la nuez del peregrinaje, la búsqueda (*quest*, se dice en inglés) de una antigua y nueva *sophia* que apropie la sapiencia popular y el aluvión de la sabiduría universal. Por tal senda me sentí impulsado a potenciar el concepto de *sentipensamiento* enunciado por Fals Borda a partir de un diálogo con un pescador del Caribe (Moncayo, 2015). Tal concepto proviene además de otras fuentes de la tradición modernista del neobarroco de Iberoamérica: Fernando Zalamea halló rastros en el uruguayo Vas Ferreira con el concepto de razonabilidad, mismo que funda razón y sensibilidad; entronca con Unamuno con su precepto de sentir el pensamiento y pensar el sentimiento; arraiga en Xabier Zubiri por su propuesta de una “inteligencia sintiente”; se enriquece con la mística española María Zambrano, tan moldeada por su estancia en América del Sur, en su ideario de una razón poética; por supuesto también emana de la tradición y actualidad poética tan exuberante de Colombia.

²² Es la crisis de la mitad de la vida, iniciada con la doble toma de la sede de la Justicia, que prosiguió con la separación del primer matrimonio, una nueva alianza con una hija de campesinos pobres repudiada por el contorno, la muerte de mis progenitores, la salida del gobierno, la desazón por el rumbo de la reincorporación de excombatientes, el agudizamiento del terror, el espanto de masacres, por el pronto declive de la esperanza en la Constitución de 1991 y por el avasallante deterioro de la atmósfera de la Universidad.

Vincular el *sentipensamiento* en una escala más alta y profunda con la filosofía, las humanidades, las letras y las tradiciones universales esotéricas se ha convertido en un itinerario obligado en mis últimos años. La *sentisapiencia* que expongo en un cuadro conceptual, en el anexo segundo, parte del concepto de Orlando, pero lo ahonda al expandir las tres facultades humanas, tan bien elaborada por Kant, con una cuarta, la razón de la razón, el *cor/razón* de la razón, una razón espiritual, razón cordial, y entrecruza estas cuatro dimensiones, ya no solo con los cinco órganos de los sentidos, sino con uno sexto, el sentido de los sentidos, que, al iniciar en la escala del sexo en la sensibilidad, remonta al *eros* o al amor en el entendimiento, a la *caritas* (equivalente a la solidaridad) en la razón y, en suma, al ágape en la razón de la razón, el plano casi esotérico donde se valida el impulso místico de la intuición intelectual.

Conclusión: en memoria de los dos maestros

Me convertí, desde la crisis del fin de los ochenta, como Orlando, en un caminante por el humus con un diseño: desbrozar una llana utopía que enuncié como *Peregrinación en pos de omega* (Restrepo, 2002), una omega minúscula porque dudo de utopías mayúsculas tan vecinas de las distopías. El título era una paráfrasis de uno de los fundamentos ancestrales de la sociología colombiana, el libro de Manuel Ancizar, *Peregrinación de Alpha* (Ancizar, 1852, con muchas reediciones desde entonces), germen del régimen radical tan añorado por la sociología colombiana.

Tras muchas caídas, ensayos y errores, decidí trasladarme en el 2015 durante más de siete años a uno de los epicentros de mayor violencia en el país: un seminario abandonado en el corregimiento de La Esmeralda, en el corazón de la Orinoquía colombiana, fundado por un obispo asesinado por el ELN en 1989. Por la benevolencia del entonces párroco de Arauquita, me alquilaron tres cuartos, uno de ellos espacioso para albergar mis 8000 libros. Decidí mi aventura con el diseño de crear una “nueva ruta libertadora por la paz, la educación, la cultura y la ciencia”. Hallé su fundamento en el discurso de Simón Bolívar en el Congreso de Angostura, pronunciado el 15 de febrero de 1819, su mejor pieza oratoria, en el cual sustentaba la inédita propuesta de instituir la educación como un cuarto poder público. Argumentaba, con Rousseau, que la soberanía política reside en la educación del soberano, el pueblo. Temeroso de que proliferaran guerras fratricidas cuando se venciera al ejército español, pensaba que la educación se constituyera en el poder moral, hoy diríamos ético y por ende solidario, para consolidar la con-ciudadanía. Es todavía una tarea pendiente, la mayor de cuantas pudieran librar al país de sus tragedias. En su discurso se patentaba el dilema de don Simón Rodríguez: “O inventamos, o erramos”. Lideré, junto a dos grandes amigos²³, el único encuentro nacional e internacional realizado en conmemoración de aquella primera asamblea de los pueblos, realizado en Tame, el día exacto del bicentenario, con participación de diez académicos internacionales, educadores, líderes y lideresas, movimientos sociales, concluido con una declaración por la paz. La fortuna no acompañó la iniciativa, pues pocos días antes del evento se rompieron los diálogos por la bomba que pusiera un miembro del ELN en la Escuela de Policía General Santander, y que ocasionó muchas bajas militares. Por lo demás, la propuesta no ha hallado eco ni en el gobierno, ni en el gremio de los educadores, ni en la opinión pública, ni en la academia universitaria. Todavía aramos en el viento y edificamos en el aire, por no atrevernos a inventar un camino propio. Bolívar descendió a su tumba, pero su deceso no contribuyó a que cesaran los partidos y se refrendara la unión, como estatuyó en su testamento. Se reproducen las guerras fratricidas y se perpetúan “los viejos y queridos odios”. La frontera mundial de la ciencia, la tecnología y la técnica se corre a paso de liebre, mientras nosotros avanzamos a ritmo de tortuga.

Si no pude contribuir a la paz exterior, tan deteriorada y con tanto riesgo en el presente, al menos alcancé mi paz plena, secundada por casi una centena de libros y ensayos escritos desde entonces.

²³ La estancia en Arauca fue mitigada por la compañía de dos grandes amigos, Pavel Eduardo Rodríguez Durango y Diego Aldana Pérez, con quienes compartimos programas semanales de *Sapiencias* emitidos en la insólita emisora comunitaria y cultural Guacaipuro Estéreo, sostenida por el primero desde el municipio de La Victoria en la orilla venezolana frontera al municipio de Arauquita. Con ambos organizamos el encuentro internacional en el bicentenario de la instalación del Congreso de Angostura. Nuestra amistad ha proseguido en Bogotá, a donde debió refugiarse Pavel por espantosa coalición de animosidades en contra, debidas a su defensa de derechos humanos. Entretanto, Diego, talentoso poeta y narrador de 24 años, está terminando la carrera de sociología en la Universidad Nacional.

No obstante, recluido desde hace ya casi tres años en una quinta rural en Santandercito, me alegro de haber sido fiel a la senda de mis maestros y de seguir empeñado hasta el último aliento en abogar por la misión de la vida en memoria de ellos: la nueva ruta libertadora por la paz, la educación, la ciencia y la cultura, en honra especial al maestro que nos retó a ser universales, Darío Mesa, y de Orlando Fals Borda, quien perdura y perdurará con estatura universal desde Colombia en su condición de arquetipo de la no violencia por la vía del amor al territorio y al pueblo.

Santandercito, Cundinamarca, abril, 2024

Anexo número uno

TEORÍA DRAMÁTICA Y <i>TRAMÁTICA</i> DE LAS SOCIEDADES		
MUNDO DESCONOCIDO. SUPRAMUNDO		
MUNDOS DE LA CULTURA	Profundas: Magia Mítica, religión, imaginarios, filosofía y sapiencia	POIESIS: PROCESOS SIGNIFICACION, FORMACION Y CONFIGURACIÓN
	Integradoras	
	Ética y moral; ideología; Derecho	
	Códigos de costumbres	
Significaciones: Guiones o texto teatral	Expresivas	MUNDOS DESCONOCIDOS
	Lenguajes, semántica	
	Estéticas	
	Artes y letras, rituales, estilos de vida, artificios	
	Científicas	
	Tecnológicas	
	Técnicas	
MUNDO DE LOS SISTEMAS SOCIALES GLOBALIZADOS	Población compuesta por actores sociales, ya no sujetos, en posiciones (status) y papeles (roles) sociales, estratificados en función de su acceso al poder económico (dinero), político (autoridad), mediático (imagen) y educativo (saber), organizada en instituciones y en campos:	
(Tramas: peripecias, catarsis, anagnórisis)		
MUNDOS DE LA VIDA	COMUNIDADES	
(<i>Dramatis personae, reparto</i>)	FAMILIAS	
	SUJETOS	
MUNDOS DE LA NATURALEZA	NATURALEZA HUMANIZADA	
	ORGANICO	
	INORGANICO	
(Escenarios de los dramas sociales: cronotopos)		
		TECHNÉ: CONDICIONAMIENTO, PREFIGURACION
MUNDO DESCONOCIDO: INFRAMUNDO		

Anexo número dos: cuadro conceptual de la *sentisapiencia*

Facultad	Sensibilidad	entendimiento	Razón	Cor/razón
Operación	Intuición	Conceptos	Juicios inductivos y deductivos	Ideas en conjuntos orgánicos
Expresión	Íconos	Índices	Símbolos	Cor/respondencias simbólicas
prueba <i>Órganos</i>	Patencia	Evidencia	Clarividencia	Comprehensión holística
Ojos	Ver	Mirar	<i>Visionar</i>	<i>Oculus cordis:</i> aprehensión retro/prospecti D. tipo palimpsesto:
Oídos	Oír	Escuchar	Auscultar	Escucha profunda
Nariz	Oler	Olisquear	Husmear	Olfatear
Boca	Gustar Nutrir Besar Hablar	Degustar Paladear	Catar Captar	Sapiencia <i>sapere</i> , Lengua, boca, Nutrición, Lengua de la madre. Madre de la lengua, saber y sabor
Cuerpo y piel	Tacto	Empatía por contacto	Consonancia	Resonancia
Sexto sentido	Sexo	<i>Eros y amistad</i>	<i>Caritas</i> solidaridad	<i>Ágape</i>
kinestecia: velocidad horizontal de ida y de vuelta				
Cenestesia conjunción y correspondencia en diagonales, p				

Referencia bibliográfica

- Agamben, G. (1998). *Homo Sacer. El poder soberano y la nuda vida*. Medios sin fin. Pretextos.
- Arguedas, J. M. (2007). *El zorro de arriba y el zorro de abajo*. Varias editoriales, coordinación UNESCO.
- Arturo, A. (2003). *Morada al sur*. Editorial Panamericana.
- Alexander, J. (2005). Pragmática Cultural. La acción social como performance. *Revista Colombiana de Sociología*, (24), 9-67. <https://revistas.unal.edu.co/index.php/recs/article/view/11294>
- Béguin, A. (1992). *El alma romántica y el sueño. Ensayo sobre el romanticismo alemán y la poesía francesa*. Fondo de Cultura Económica.
- Borges, J. L. (1974). *Obras completas*. Espasa.
- Castillo, G. y Pérez, I. (2010). *La influencia religiosa en la conciencia social de Orlando Fals Borda*. Corporación Universitaria Reformada.
- Cataño, G. (comp.). (1987). *Ciencia y compromiso: en torno a la obra de Orlando Fals Borda*. Asociación Colombiana de Sociología.
- Dussel, E. (1995). *Teología de la liberación: un panorama de su desarrollo*. Potrerillo Editores.
- Fals Borda, O. (1961). *Campesinos de los Andes. Estudio sociológico de Saucío*. Iqueima. Universidad Nacional. Facultad de Sociología.
- Fals Borda, O. (1967). *La subversión en Colombia: Visión del cambio social en la historia*. Editorial Tercer Mundo.
- Fals Borda, O. (1986). *Retorno a la tierra. Historia doble de la Costa*. Tomo IV. Carlos Valencia Editores.
- Fals Borda, O. (2005). *Entre los paisas* [tesis para el título honoris causa]. Paraninfo Edificio de San Ignacio, Medellín.
- Girard, R. (1975). *La violencia y lo sagrado*. Universidad Central.
- Guzmán Campos, G., Umaña Luna, E. y Fals Borda, O. (1964). *La violencia en Colombia*. Tercer Mundo.
- Harari, Y. N. (2014). *De animales a dioses. Breve historia de la humanidad*. Penguin Random House.
- Harari, Y. N. (2016). *Homo Deus. Una breve historia del mañana*. Debate
- Hernández, M. (1993). *Memoria del bien perdido; conflicto, identidad y nostalgia en el Inca Garcilaso*. Instituto de Estudios Peruanos BPP Biblioteca Peruana de Psicoanálisis.
- Herrera Farfán, N. A. y López Guzmán, L. (comps.). (2012). *Ciencia, compromiso y cambio social: Orlando Fals Borda.*: Lanzas y Letras, El Colectivo, Extensión Libros.
- Hölderlin, F. (1994). *Fiesta de la Paz* [traducción de Rafael Gutiérrez Girardot]. Ancora.
- Huntington, S. P. (1968). *Political order in changing societies*. Yale University Press.

- Lévinas, E. (1987). *Totalidad e infinito. Ensayo sobre la exterioridad*. Ediciones Sígueme.
- Magnusson, W. L. (2006). *La reforma Patiño*. Universidad Nacional de Colombia.
- Mallarmé, S. (1993). *Variaciones sobre un tema*. Vuelta.
- Moncayo, V. (2015). *Una sociología sentipensante para América Latina/Orlando Fals Borda; antología y presentación*. CLACSO.
- Nietzsche, F. (1993). *Así hablaba Zarathustra*. Editorial Porrúa.
- Novalis. (1969). *Novalis Werke*. Verlag C.H. Beck Moor
- Parsons, T. (1964). *Essays in Sociological Theory*. The Free Press.
- Parsons, T. (1970). *The Social System*. Routledge and Kegan.
- Parsons, T. (1973). *American University*. Harvard University Press
- Parsons, T. (1978). *Autobiografía Intelectual. Elaboración de una Teoría del Sistema Social*. Tercer Mundo.
- Pereira, Á. (2022). Fals Borda's Historia doble de la Costa: The Anatomy of a Book Unfolding into Queerness. *Latin American Perspectives*, 49(4), 191-206. <https://doi.org/10.1177/0094582X221103858>
- Platón. (1969). El Banquete. En *Obras Completas* (pp. 553-597). Aguilar.
- Presidencia de la República, Departamento Nacional de Planeación. (1983). *Cambio con equidad: 1983 1986*. Imprenta Canal Ramírez.
- Restrepo, G. (2002). *Peregrinación en pos de omega. Sociología y Sociedad en Colombia*. Universidad Nacional y El Malpensante.
- Restrepo, G. (2017). *El renacimiento de América Latina* [inédito].
- Restrepo, G. (2019). Teoría dramática y tramática de las sociedades. *Experimentum Crucis* tejido en punto de cruz. *Realis*, 9(1), 143-176.
- Rousseau, J. J. (1963). *Les Confessions*. Folio.
- Schmitt, C. (2009). *Teología política*. Taurus.
- Sloterdijk, P. (2022). *Hacer hablar al cielo. La religión como teopoesía*. Siruela.
- Spinoza, B. (1967). Ética. En *Obras completas*. Bergua.
- Spinoza, B. (1988). *Correspondencia*. Alianza.
- Wahl, J. (1944). *Existence humaine et transcendance*. La Baconnière,
- Weber, M. (1969). *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. Península.
- Zubiri, X. (1983). *Inteligencia sentiente*. Alianza.